

PANORAMAS

Mayo, mes de la Virgen.

Llegó mayo, mes de la Virgen, sin flores como en Europa, pero con mujeres por las calles. Todas se tocan con la mantilla negra —esta mantilla tan cimena, tan sugeridora, tan evocativa— y se llenan las iglesias á la hora de la misa y á la hora de la novena, para la confesión como para la plática, para el propósito, como para el trisagio. Por las naves oscuras las niñas rubias de fia Catita oran, esperan, ruegan y median.

Mayo, mes de María, vale por ellas. Al revés de Europa que ordea á la Virgen su primavera, nosotros le regalamos nuestro otoño. Se anuncian las primeras garúas, del cielo gris fuga el sol y asoman las haldas gruesas. Otoño, blando y triste, sumerge el alma en cavilaciones. La Virgen —allá iluminada por Helios, fragante de rosas y sonriente sobre la tierra pródiga— se esconde aquí bajo las ménstas magníficas, más pálida que los cirios, más tenue que los jazmines. Su canto es recogido, silencioso, hondo, amor dramático con suspiros y con lágrimas.

¡No vishumbráis hasta en esto la vida interior de las limeñas! De la religión desconsoladora extraen la poesía romántica de la resignación; su misticismo doloroso no quiere risas mañanas claras, júbilos locos bajo la adorada imagen sonriente. Los frailes no llevan pañuelo de yerbas como en el campo, no son el señor cura acojedor y manso, sino el sacerdote imponente y grave y en el respeto por la iglesia parece palpitar algo de miedo. Asustan los confesionarios. Cuando los automóviles en San Pedro, en Santo Domingo —ó lejos, por los Descaños— vacian sus divinas cargas, los mendigos, tétricos y lamentables, extienden la mano y se arrastran sobre las baldosas. Todo es triste, Mon Dieu y las limeñas —tras de cuyos labios reidores se perenniza un poema opaco— se vuelven, con el libro de misa, la confesión y el rosario, más pensativas, más impenetrables, más sutiles y resonditas.

En el aire enaja la visión de la amada —nácar, nácar, nácar— y la palabra jesuitica alarga las pupilas junta las manos, prende en el rostro el hechizo dolido de la amargura y de la fe. Con su mantilla negra, Crativera, olvida la oda que la canta, y canta ella á la Virgen.

LA ACTRIZ Y EL TORERO

En un reportaje que hace poco reproduce un diario de Lima, Carmen Ruiz Moragas —aquella linda actriz que vino con María Guerrero— contaba que nunca había visto torear á Rodolfo Gaona, su ex-marido. El reportaje lo firmaba **El Caballero Audaz**. ¡Qué mentirosa, la dama joven! Aquella mujercita alta y armoniosa que se alimentaba con fresas en el Maury y trajo desde Buenos Aires —víctima de un asedio inievo— á un setentón car-

gado de millones; aquella que hizo rescindir á Gaona en Caracas un contrato de ochenta mil francos (lo cual hasta para un novio que va á casarse es suma de consideración) aplaudió varias veces al mexicano en nuestra Plaza de Acho.

Pero reconstruyamos por gusto la aventura. Se conocían de España.

Viajando por distintas regiones, ella con diversas compañías y él en pos de ya olvidados triunfos, se impresionaron mutuamente y cambiaron, sin decirse, secretas promesas y recónditos anhelos. Volvieron á encontrarse en

sistastas por la fiesta limeña. Los espesos del Maury fueron un amparo para los artistas; y vinieron, de mesa en mesa, los brandis con champagne. Y las sonrisas largas, fijas las pupilas. Y otras cosas más.

Una tarde, un poco maliciosos, in-

dagamos:

— ¡Con cuál torero jugaría usted,

Carmencita, al matrimonio?

— ¡Con Belmonte!

— ¡Con Belmonte! y estaba en todos sus disfrazos con el azteca!

— Belmonte —agregaba— es el valiente, la audacia, la sangre, el espíritu, la raza. No puedo con los hombres que se polvean.

La señorita Ruiz Moragas, muy inteligente y muy culta, se pronunciaba



ACTRIZ Y EL TORERO CARMEN RUIZ MORAGAS CON EL TORERO DE LA PRINCIPAL (VITO CALVACHE)